

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-RP

Escenario: Una pequeña habitación que sirve a un tiempo de cocina y de comedor en un departamento de la calle Christopher, en Nueva York. A foro, una puerta que lleva al vestíbulo. A la izquierda de la puerta, una pileta y una cocina de gas de dos mecheros. Más allá de la cocina y hacia la pared de la izquierda, un armario de madera para platos, etcétera. A la izquierda, dos ventanas que dan sobre una escalera de emergencia, donde varias plantas en sus tiestos agonizan en el abandono. Delante de las ventanas, una mesa cubierta con un hule. Dos sillas con asiento de caña junto a la mesa. Otra contra la pared, a la derecha de la puerta de foro. En la pared de la derecha, foro, una puerta que lleva a una alcoba. Más adelante, diversas prendas de vestir de hombre y de mujer penden de unas clavijas. Desde el rincón de la izquierda, foro, hasta la pared de la derecha, primer término, hay tendida una cuerda con ropa.

Son aproximadamente las ocho y media de la mañana de un día hermoso y lleno de sol, a comienzos del otoño.

La señora Rowland viene de la alcoba, bostezando, dando aún los últimos toques a un desaliñado tocado, insertando horquillas en su cabello, recogido en pardusca masa en lo alto de su cabeza redonda. Es de mediana

estatura y propensa a una gordura sin líneas, acentuada por su vestido azul deformado, humilde y raído. Su rostro es impersonal, de facciones pequeñas y regulares y ojos extrañamente azules. En sus ojos, su nariz y su boca débil y rencorosa, hay una expresión atormentada. Tiene poco más de veinte años, pero parece mucho mayor.

Llega al centro de la habitación y bosteza, desperezándose. Sus soñolientos ojos se pasean absortos por todo lo que la rodea, con la irritación propia de aquel para quien un largo sueño no ha significado un largo descanso. Va con aire cansado hacia la ropa que cuelga a la derecha y descuelga un delantal. Se lo ciñe a la cintura, dejando escapar un "maldito sea" cuando el nudo no obedece a sus torpes dedos. Por fin consigue atarlo y va lentamente hacia la cocina de gas y enciende uno de los mecheros. Llena la cafetera en la pileta y la pone sobre la llama. Luego se desploma en una silla que está junto a la mesa y se pone una mano sobre la frente, como si le doliera la cabeza. De pronto su rostro se ilumina como si recordara algo y mira el armario de los platos; luego dirige una penetrante mirada hacia la puerta del dormitorio y escucha atentamente durante unos instantes.

SRA. ROWLAND (en voz baja).— ¡Alfred! ¡Alfred! (Del cuarto contiguo no llega respuesta alguna y la señora Rowland prosigue con tono desconfiado, alzando la voz:) No tienes por qué fingir que estás dormido. (De la alcoba no llega la menor respuesta y la señora Rowland, tranquilizada, se levanta y va cautelosamente hacia el armario. Abre con lentitud una de las puertas, cuidando mucho de no hacer ruido, y saca de su escondite detrás de los platos una botella de ginebra Gordon y un vaso. Al hacerlo, mueve el plato de arriba, que tintinea levemente. Al oír esto, la señora Rowland sufre un sobre-

salto culpable y mira con malhumorado desafío la puerta del cuarto contiguo. Con la voz trémula:) ¡Alfred!

(Después de una pausa, durante la cual trata de percibir algún sonido, toma el vaso y se sirve una buena cantidad de ginebra y lo apura; luego, precipitadamente, repone la botella y el vaso en su escondite. Cierra el armario con el mismo cuidado con que lo ha abierto y con un gran suspiro de alivio se deja caer nuevamente en su silla. La gran dosis de alcohol le ha causado un efecto casi inmediato. Sus facciones se vuelven más animadas, parece cobrar energías y mira la puerta de la alcoba con una sonrisa dura y vengativa. Sus ojos pasean una rápida mirada por la habitación y se posan sobre un saco y un chaleco de hombre que penden a la derecha. Se encamina cautelosamente hacia la puerta abierta y se detiene allí, sin que la vea el que está dentro, y escucha, tratando de sorprender algún movimiento.)

(Llamando, casi en un susurro.) ¡Alfred!

(Nuevamente, no hay respuesta. Con ágil movimiento, la señora Rowland descuelga el saco y el chaleco y vuelve con ellos a su silla. Se sienta y saca los diversos objetos que contiene cada bolsillo, pero los reintegra rápidamente a su sitio. Por fin, en el bolsillo interior del chaleco encuentra una carta.)

(Mirando la letra, se dice lentamente:) Lo sabía.

(Abre la carta y la lee. En el primer momento, su expresión revela odio e ira, pero a medida que avanza en la lectura hasta acabarla se trueca en triunfante malignidad. Durante un instante queda muy pensativa. Luego vuelve a poner la carta en el bolsillo del chaleco, y, cuidando aún de no despertar al durmiente, cuelga nuevamente las prendas en la misma clavija, va hacia la puerta de la alcoba y atisba.)

(*Con voz sonora y chillona.*) ¡Alfred! (*Más fuerte.*) ¡Alfred! (*Del cuarto contiguo llega un gemido ahogado que se confunde con un bostezo.*) ¿No te parece que ya es hora de levantarte? ¿Piensas quedarte en cama todo el día? (*Volviéndose y regresando a su silla.*) Ya sé que eres lo suficientemente haragán para pasarte la vida en la cama. (*Se sienta, mira por la ventana y dice, con irritación.*) ¿Qué hora será? Ya no podemos saberlo desde que empeñaste estúpidamente tu reloj. Era el último objeto de valor que teníamos, y lo sabías. Sólo has pensado en empeñar, empeñar, empeñar... Cualquiera cosa con tal de alejar la hora de buscar empleo, cualquier cosa con tal de no trabajar como un hombre. (*Golpea el suelo con el pie nerviosamente, mordiéndose los labios.*) (*Después de una breve pausa.*) ¡Alfred! Levántate... ¿Me oyes? Quiero hacer esa cama antes de salir. Estoy harta de que esto esté en desorden por tu culpa. (*Con cierta vengativa satisfacción.*) Y por cierto que no podremos quedarnos mucho tiempo aquí, a menos que consigas dinero en alguna parte. Dios sabe que yo hago lo mío —y más aun— yendo a coser a domicilio todos los días, mientras tú haces el caballero y holgazaneas por las tabernas con ese hato de inútiles artistas del Square.

(*Breve pausa, durante la cual la señora Rowland juega nerviosamente con una taza y un platito que están sobre la mesa.*)

¿Y dónde conseguirás dinero, quisiera saber yo? En esta semana tenemos que pagar el alquiler, y ya sabes cómo es el dueño de casa. No nos dejará vivir aquí un solo minuto más si no le pagamos puntualmente. Dices que *no puedes* conseguir trabajo. Eso es mentira, y tú lo sabes. Nunca lo buscaste, siquiera. Te pasas los días vagabundeando por ahí, escribiendo poemas y cuentos estúpi-

dos que nadie quiere comprar... y me explico que no quieren comprarlos. Pero advierto que yo siempre puedo conseguir trabajo y lo consigo; y sólo eso nos salva de morirnos de hambre.

(*Se levanta y va hacia la cocina, mira la cafetera para ver si el agua hierve y vuelve y se sienta.*)

Hoy tendrás que conseguir dinero en alguna parte. Yo no puedo hacerlo todo y no lo haré. Tienes que recobrar el sentido común. Tienes que pedirlo, mendigarlo o robarlo donde sea. (*Con desdeñosa risa.*) Pero... ¿dónde, quisiera yo saber? Eres demasiado orgulloso para mendigar y has pedido ya todos los préstamos posibles, y no tienes valor para robar.

(*Después de una pausa, levantándose irritada.*) ¡Por amor de Dios! ¿No te has levantado todavía? Es muy propio de ti eso de volverte a dormir, o de fingirlo. (*Va hacia la puerta del dormitorio y atisba.*) ¡Ah, te has levantado! Bueno, ya era hora. No tienes por qué mirarme así. Tus desplantes no me engañan, ya. Te conozco demasiado... mejor de lo que supones... a ti y a tus andanzas. (*Alejándose de la puerta, con tono significativo.*) Conozco un montón de cosas, querido. Ahora, no te preocupes de lo que sé. Te lo diré antes de irme, no te aflijas. (*Va hacia el centro del aposento y se detiene allí, frunciendo el ceño.*)

(*Con tono irritado.*) ¡Hum! ¡Supongo que más vale preparar el desayuno... y no porque haya mucho que preparar. (*Con tono de interrogación.*) Salvo que tengas algún dinero... (*Hace una pausa esperando una respuesta del cuarto contiguo, que no llega.*) ¡Qué pregunta estúpida! (*Con dura risa.*) A estas horas, yo debiera concertar mejor ya. Cuando te fuiste anoche tan malhumorado, me imaginé qué pasaría. No se te puede tener la

menor confianza. ¡En lindo estado viniste a casa! Nuestra riña sólo te sirvió de pretexto para mostrarte bestial. ¿De qué te valió empeñar el reloj si sólo querías el dinero para derrocharlo en whisky?

(Va hacia el armario y saca platos, tazas, etcétera, mientras habla.)

¡Apresúrate! Últimamente, gracias a ti, no tardo mucho en preparar el desayuno. Esta mañana sólo tenemos pan, manteca y café: y ni siquiera tendrías eso si yo no me estropeará los dedos cosiendo.

El pan está duro. Supongo que te gustará. Tú no te mereces nada mejor, pero no veo por qué he de sufrir yo.

(Yendo hacia la cocina de gas.) El café estará dentro de un momento, y no esperes que te lo sirva.

(Repentinamente, con violenta ira.) ¿Qué diablos estás haciendo ahora? *(Va hacia la puerta y atisba.)* Bueno, por lo menos estás casi vestido. Creí que te habías metido en la cama de nuevo. Eso sería muy propio de ti. ¡Qué aspecto horrible tienes esta mañana! ¡Aféitate, por amor de Dios! ¡Estás repulsivo! Pareces un vagabundo. Por algo nadie quiere darte un empleo. No los culpo... Tu aspecto no es ni aun medianamente decente. *(Va hacia la cocina de gas.)* Aquí hay mucha agua caliente. No tienes la menor excusa. *(Toma un tazón y vierte en él un poco de agua de la cafetera.)* Toma.

(Él tiende la mano en procura del tazón. Se ve una mano sensible, de finos dedos, que tiembla, y parte del agua se derrama sobre el piso.)

(La señora Rowland, con tono insultante.) ¡Mira cómo te tiembla la mano! Más vale que abandones la bebida. No puedes soportarla. Los hombres como tú son los mejores candidatos al delirium tremens. ¡Eso sería la gota que hace desbordar el vaso! *(Mirando el piso.)* Mira

cómo has dejado el piso... hay colillas y ceniza en toda la habitación. ¿Por qué no los tiraste sobre un plato? No, no serías lo bastante considerado para hacerlo. Nunca piensas en mí. Tú no tienes que barrer la habitación, y eso es todo lo que te importa.

(Toma la escoba y comienza a barrer malignamente, levantando una nube de polvo. De las habitaciones interiores llega el rumor de una navaja de afeitar que afilan.)

(Barriendo.) ¡Apresúrate! Ya debe ser casi hora de que me vaya. Si llegara tarde, me expondría a perder mi empleo y entonces ya no te podría seguir manteniendo. *(Y al ocurrírsele algo más, agrega sarcásticamente:)* Y entonces, tendrías que trabajar o hacer alguna cosa horrible de esa especie. *(Barriendo debajo de la mesa.)* Lo que quiero saber es si buscarás hoy trabajo o no. Sabes que tu familia no nos seguirá ayudando. También ellos ya están hartos de ti. *(Después de barrer en silencio durante unos instantes.)* Estoy cansada de toda esta vida. Ganas me dan de irme a casa, pero soy demasiado orgullosa para permitir que te sepan un fracasado... a ti, el hijo único del millonario Rowland, el egresado de Harvard, el poeta, el hombre notable del pueblo... ¡Bah! *(Con amargura.)* No serían muchas las que me envidiarían mi hombre notable si supieran la verdad. Me gustaría saber una cosa... ¿Qué ha sido nuestro matrimonio? Aun antes de que tu padre millonario muriera debiéndole dinero a todo el mundo, nunca derrochaste un solo minuto con tu esposa. Supongo que, a tu entender, yo debía darme por satisfecha con tu honorable actitud al casarte conmigo... después de haberme puesto en dificultades. Yo te avergonzaba ante tus refinados amigos porque mi padre sólo es un almacenero, eso es lo cierto. Por lo menos es un hombre honrado, y tú no podrías

decir lo mismo del tuyo. *(Sigue barriendo enérgicamente hacia la puerta. Se apoya sobre su escoba por un momento.)*

Suponías que todos creerían que te habías visto obligado a casarte conmigo y te compadecerían... ¿verdad? No vacilaste mucho para decirme que me querías y para hacerme creer en tus mentiras antes de que sucediera aquello... ¿no es eso? Me hiciste suponer que no querías que tu padre me sobornara, como trató de hacerlo. Pero ya sé a qué atenerme. Por algo he vivido tanto tiempo contigo. *(Sombriamente.)* Es una suerte que nuestro pobre hijo naciera muerto, después de todo. ¡Qué padre hubieras sido!

(Permanece en silencio y cavilando hoscamente durante un instante, y luego prosigue con una suerte de salvaje alegría.)

Pero no soy la única que tiene que agradecerte su desdicha. Hay, por lo menos, otra, y *ésta* no puede tener esperanzas de casarse contigo ahora. *(Asoma la cabeza al cuarto contiguo.)* ¿Qué me dices de Helen? *(Retrocede del vano de la puerta con un sobresalto, algo asustada.)*

¡No me mires así! Sí, he leído esa carta. ¿Y qué? Tenía derecho a leerla. Soy tu esposa. Y sé todo lo que hay que saber, de modo que no me mientas. No tienes por qué mirarme así. Ya no podrás intimidarme con esos aires de hombre superior. Si no fuese por mí, te irías sin desayunarte esta mañana. *(Vuelve a dejar la escoba en el rincón y dice, con tono gimoteante:)* Nunca me agradeciste en lo más mínimo lo que he hecho. *(Va hacia la cocina de gas y echa café en la cafetera.)* El café está listo. No te esperaré. *(Vuelve a sentarse.)*

(Después de una pausa, llevándose la mano a la cabeza,

malhumorada.) ¡Cómo me duele la cabeza esta mañana! Es una vergüenza que deba irme a trabajar todo el día en una habitación asfixiante, en este estado. Y no iría si fueras un hombre. Debiera ser yo quien se pasara el día tendida en la cama, y no tú. Bien sabes lo enferma que he estado en este último año; y, sin embargo, cuando tomo alguna pequeñez para levantarme el ánimo, me lo echas en cara. Ni siquiera quisiste dejarme tomar ese tónico que compré en la farmacia. *(Con risa cruel.)* Sé que te alegraría verme muerta y que no te estorbara; entonces podrías correr detrás de esas muchachas estúpidas que te creen maravilloso e incomprendido... Esa Helen y las demás. *(Del cuarto contiguo llega una aguda exclamación de dolor.)*

(Con satisfacción.) ¡Claro! ¡Ya sabía yo que te cortarías. Eso te servirá de lección. Bien sabes que no debes pasarte las noches vagabundeando por ahí y bebiendo, con tus nervios en tan deplorables condiciones. *(Va hacia la puerta y se asoma a la otra habitación.)*

¿Por qué estás tan pálido? ¿Por qué te miras así, fijamente, en el espejo? ¡Por amor de Dios! ¡Quítate esa sangre de la cara! *(Con un escalofrío.)* Es horrible. *(Con tono de alivio.)* Bueno, ya estás mejor. Nunca he podido soportar el espectáculo de la sangre. *(Se aparta un poco de la puerta.)* Más vale que renuncies a afeitarte solo y vayas a una peluquería. Tu mano tiembla horriblemente. ¿Por qué me miras así? *(Se aleja de la puerta.)* ¿Todavía estás furioso conmigo a causa de esa carta? *(Desafiante.)* Pues yo tenía derecho a leerla. Soy tu esposa. *(Va hacia la silla y vuelve a sentarse. Después de una pausa.)* Hace tiempo que estoy enterada de que tienes una aventura. Tus débiles pretextos de que te pasabas el tiempo en la biblioteca no me engañaron. Y, después de todo...

¿quién es esa Helen? ¿Una de esas artistas? ¿O también escribe poemas? A juzgar por su carta, lo parece. Apostaría a que te dijo que tus cosas eran lo mejor que se había escrito en el mundo, y que te lo creíste como un imbécil. ¿Es joven y linda? También yo era joven y linda cuando me engañaste con tu hermosa palabrería poética; pero la vida contigo la consume pronto a cualquiera. ¡Las que he pasado!

(Va hacia la cocina de gas y retira el café.) El desayuno está listo. *(Con una mirada de desdén.)* ¡El desayuno! *(Se sirve una taza de café y deja la cafetera sobre la mesa.)* Se te enfriará el café. ¿Qué estás haciendo? ¿Afeitándote, todavía? ¡Por amor de Dios! Más vale que renuncies a eso. Una de estas mañanas te harás un buen tajo. *(Se corta pan y lo unta con manteca. Durante los párrafos siguientes, come y bebe su café.)*

Tendré que irme corriendo apenas concluya de comer. Uno de nosotros tiene que trabajar. *(Irritada.)* ¿Vas a buscar trabajo hoy o no? Seguramente, alguno de tus refinados amigos te ayudaría si te creyera realmente tan talentoso. Pero supongo que todos ellos prefieren oírte hablar. *(Se queda sentada en silencio durante un momento.)*

Lo siento por esa Helen, sea quien sea. ¿No tienes ninguna consideración por los demás? ¿Qué dirá su familia? Veo que ella la menciona en su carta. ¿Qué hará? ¿Alumbrar al niño... o ir a ver a uno de esos médicos? Linda situación, hay que confesarlo. ¿Dónde conseguiría el dinero? ¿Es rica? *(Espera alguna respuesta a esta andanada de preguntas.)*

Hum... No me dirás nada sobre ésa... ¿verdad? ¡Tanto me da! Después de todo, no lo lamento por ella. Sabía qué estaba haciendo. A juzgar por su carta, no

es una colegiala como lo era yo. ¿Sabe que es? Claro que debe saberlo. Todos tus amigos están de tu infortunado matrimonio. Sé que te conocen pero no conocen mi versión del asunto. Habla en cualquier modo si la conociesen.

(Está demasiado ocupada comiendo para seguir hablando, durante un segundo o dos.)

Esa Helen debe ser una buena pieza, si se casado. ¿Qué esperaba? ¿Que yo te concediera y te dejara casarte con ella? ¿Cree que soy chiflada para eso... después de todas las que he pasado? ¡Por cierto que no! Y tú no podrías el divorcio de mí y bien lo sabes. Nadie jamás que yo he hecho algo de malo. *(Aprende de su café.)*

Ella merece sufrir, es todo lo que puedo decir lo que pienso: creo que tu Helen no es una vulgar trotacalles. Esa es mi opinión. *(Contiguo llega un sofocado gemido.)*

¿Has vuelto a cortarte? Bien merecido lo levanta y se quita el delantal.) Bueno, tengo sin demora. *(Malhumorada.)* ¡Vaya una vida la mía! No soportaré por más tiempo tu haraganería. *(y hace una pausa, escuchando atentamente.)* ¡Es volcado toda el agua! No digas que no. La oigo por el piso. *(Una vaga aprensión aparece en su rostro.)* ¡Alfred! ¿Por qué no me contestas?

(Va lentamente hacia la otra habitación. Se sienta en una silla y algo que se desploma pesadamente en el suelo.) La señora Rowland se detiene, temblando de miedo. *(exclama:)*

¡Alfred! ¡Alfred! ¡Contéstame! ¿Qué has hecho? ¿Estás borracho, todavía? *(Incapaz de soportar*

EUGENE O'NEILL

ni por un momento más, se lanza hacia la puerta del dormitorio.)

¡Alfred!

(Se detiene en el umbral, mirando el suelo del cuarto interior, transfigurada de horror. Luego lanza un salvaje alarido y corre hacia la otra puerta, hace girar la llave y la abre frenéticamente de par en par. Y se precipita al vestíbulo gritando como una loca.)

TELÓN

¡AH, SOLEDAD!

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-RP